



Alégrense en el Señor

Por el Cardenal Joseph W. Tobin, C.Ss.R.

Arzobispo de Newark

Febrero 19, 2021 / Vol. 2, No. 11



La Cuaresma es tiempo de sanación

La Cuaresma es la época del año en que la Iglesia nos anima a hacer un examen minucioso de nuestra salud espiritual, y luego a tomar las medidas necesarias para que el poder sanador de Jesús nos reconstruya. Las seis semanas y media de Cuaresma proporcionan una estructura para diagnosticar los síntomas y las causas fundamentales, de nuestro pecado. Durante este tiempo especial del año, la Iglesia nos estimula a aprovechar el poder sanador de los sacramentos, especialmente el sacramento de la penitencia, a admitir nuestro egoísmo y pecado (confesión), a experimentar un cambio de corazón (conversión), a negarnos a nosotros mismos (penitencia) y a cambiar la forma en que vivimos (realizando obras de misericordia).



Para ser espiritualmente saludables, tenemos que examinar periódicamente: 1) los síntomas del pecado—nuestras acciones claramente pecaminosas, 2) las causas subyacentes del pecado—las actitudes y hábitos de nuestro corazón, de los cuales brotan nuestras acciones, 3) la sanación ofrecida por Jesús, y 4) cómo la misión sanadora de Jesús se pone a nuestra disposición en la Iglesia a través de los sacramentos y a través de las obras de misericordia espirituales y corporales.

El sacramento de la penitencia es un gran don de la misericordia de Dios que está a nuestro alcance en todas las épocas del año de gracia de la Iglesia. Por medio de este gran sacramento, permitimos que Jesús entre en nuestro corazón y nos limpie de todas las impurezas —grandes y pequeñas— que se han acumulado con el tiempo. Nos presentamos a Él para la curación de nuestros síntomas y sus causas principales.

La Palabra de Dios es crucial para nuestro viaje Cuaresmal. Aunque no podamos asistir a la misa diaria o dominical, debemos reflexionar sobre las lecturas que la Iglesia nos propone durante la Cuaresma utilizando un misal o accediendo en línea a las lecturas de las Escrituras para el día (véase bible.usccb.org/es).

Si miramos los pasajes evangélicos de los días de semana de la Cuaresma, estos se dividen fácilmente en dos grupos. Desde el Miércoles de Ceniza hasta el Sábado de la Tercera Semana de Cuaresma, escuchamos exclusivamente los relatos de Mateo, Marcos y Lucas que nos recuerdan lo que Jesús espera de sus discípulos. Es significativo que esta primera mitad de la Cuaresma termine con la

parábola del fariseo y del recaudador de impuestos (Lc 18:9-14). La Palabra de Dios que nos ha hablado durante tres semanas y media ayuda a romper cualquier convicción de nuestra propia rectitud y nos encontramos de pie junto al recaudador de impuestos, pidiendo humildemente misericordia. ¿Dónde podemos encontrarla?

El siguiente lunes y por el resto de la Cuaresma, las lecturas de los días de semana son del Evangelio de Juan. Estos pasajes iluminan el misterio de Cristo, que es enviado "para que todo aquel que cree en él no muera, sino que tenga vida eterna" (Jn 3, 16). Al ver que el plan de salvación de Dios se desarrolla en Jesús, nos damos cuenta de que Dios está haciendo por nosotros lo que no podríamos hacer por nosotros mismos.

Jesucristo es el Médico Divino del cuerpo y el alma. En Su Encarnación, Jesús se acercó, de palabra y obra, para sanar a los que tienen enfermedades del cuerpo y del alma. En Su pasión, muerte y resurrección, conquistó el pecado y la muerte y se convirtió en la fuente de la sanación definitiva para todos. A través del Espíritu Santo, Jesús dio a los apóstoles una parte de Su propia vida, para que el poder sanador de Sus palabras y acciones pudiera seguir estando presente al mundo a través de ellos. Y a través de los sacramentos, Jesús mismo sigue estando presente en cada momento y lugar, sanándonos y llevándonos a la comunión que comparte con el Padre y el Espíritu.

Durante esta Cuaresma, este tiempo de sanación, quiero recordar a todos los católicos bautizados de la Arquidiócesis de Newark los grandes dones de limpieza y sanación que están disponibles para nosotros en el sacramento de la penitencia. A través de este gran sacramento, el Médico Divino nos invita a una sanación que trae reconciliación y comunión—con Dios, con los demás y con nosotros mismos en nuestro ser más íntimo.

Sinceramente espero que cada uno de nosotros utilice este tiempo de oración, ayuno y práctica de la caridad para llegar a conocer la profundidad del amor de Dios por nosotros. Y, de manera especial, espero que esta Cuaresma sea un momento en el que cada uno de nosotros redescubra el poder sanador especial que está a nuestro alcance a través del sacramento de la penitencia.

Nuestro Señor Jesucristo, el Médico Divino de nuestras almas y cuerpos, quiere que seamos espiritualmente saludables. Está ansioso por escuchar nuestra confesión y perdonar nuestros pecados. ¿Estamos listos para recibirlo?

Sinceramente suyo en Cristo Redentor,

A handwritten signature in black ink that reads "Joseph W. Tobin" with a cross at the beginning.

Cardenal Joseph W. Tobin, C.Ss.R.
Arzobispo de Newark

Regresar a la Gracia: Una Carta Pastoral sobre la Eucaristía

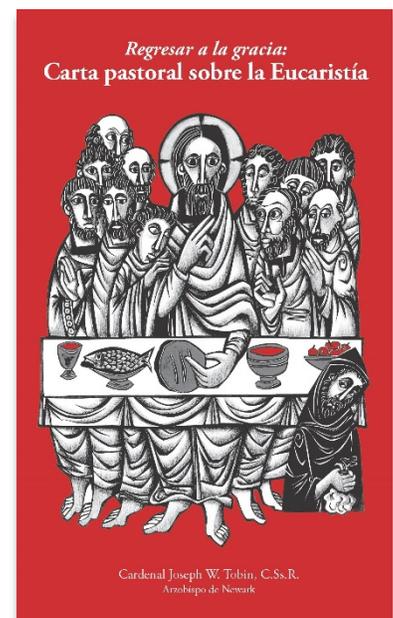
Cuando los historiadores eclesiásticos escriban sobre el Año de Nuestro Señor 2020, preveo que prestarán especial atención al "Gran Ayuno Eucarístico". COVID-19, la pandemia que ha quitado la vida a millones de personas, obligó a las diócesis de todo el mundo a tomar la acción sin precedentes de cerrar nuestras iglesias y negar efectivamente a nuestro pueblo la oportunidad de recibir el Cuerpo y la Sangre de Cristo en la Eucaristía. Algunos estudiosos pueden señalar que, como resultado, los católicos en Europa y América del Norte experimentaron lo que otros han sufrido durante muchos años debido a la escasez de sacerdotes o la persecución abierta, concretamente, la ausencia de los sacramentos.

Ahora que parece haber una luz al final de este túnel largo y oscuro, mucha gente me pregunta si creo que habrá efectos a largo plazo debido a la separación impuesta por la pandemia. Como estoy seguro de que ustedes saben, la disminución de la asistencia a Misa era una seria preocupación mucho antes de la pandemia. ¿Ha acelerado la crisis actual esta tendencia o ha crecido en nosotros la valoración de la Eucaristía precisamente porque se nos ha negado el acceso a ella durante tanto tiempo? ¿Ha avivado la ausencia nuestro cariño por ella? Cuando las cosas vuelvan a ser lo que será la "nueva normalidad", ¿preferiremos algunos de nosotros la adoración virtual, si adoramos en absoluto? ¿Es hora de restaurar la obligación dominical y exigir a todos los católicos que asistan a Misa en persona todos los domingos?

Para responder a estas y muchas otras preguntas, he escrito *Regresar a la Gracia: Una Carta Pastoral sobre la Eucaristía*. Los exhorto a leer esta carta y a reflexionar en oración sobre las cuestiones que identifico al tratar de responder a las importantes preguntas que los pastores y fieles laicos de nuestra arquidiócesis están haciendo hoy.

Mis reflexiones en *Regresar a la Gracia* incluyen algunas historias personales, algunos pensamientos que nos compartió el Papa Francisco durante este tiempo de pandemia, algunas ideas sobre el tercer mandamiento—santificar el Día del Señor, y lo que es más importante, reflexiones sobre el maravilloso misterio del regalo de gracia de Cristo, Su Cuerpo y Sangre que se nos ha dado libremente en la Santa Eucaristía.

Desde que quedó claro que esta pandemia representaba una peligrosa amenaza para la vida y el bienestar de millones de personas en todo el mundo, le he pedido a María, Madre de la Iglesia, que interceda a favor de todos los que sufren, así como de todos los que responden a las necesidades de los demás. Ahora pido a nuestra Santísima Madre que nos ayude a regresar a la Gracia y Belleza de la Eucaristía dominical y a la recepción reverente de la Sagrada Comunión inspirándonos a todos nosotros, clero, mujeres y hombres consagrados, y fieles laicos, un amor ardiente por su Hijo Jesús, y una profunda confianza en la capacidad del Espíritu Santo para guiarnos a casa sin peligro.

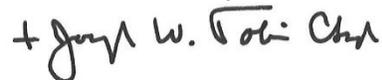


Por favor, tómense unos minutos para leer *Regresar a la Gracia*, para orar sobre los asuntos que aborda y discutirla con familiares, amigos y compañeros feligreses. Una copia digital está disponible en nuestro [sitio web](#). Se distribuirán copias impresas en las parroquias de toda la Arquidiócesis.

Si confiamos en la presencia y el poder del Espíritu Santo, la reapertura de nuestras parroquias, escuelas y ministerios arquidiocesanos será verdaderamente un Regreso a la Gracia para la Arquidiócesis de Newark. Como nos recuerda el Papa Francisco, ahora estamos en una crisis y nadie saldrá de esta pandemia sin cambios. Las cosas serán diferentes. El reto es: ¿seremos mejores o peores? Esperamos y rogamos para que el pueblo de Dios salga de esta crisis renovado en el Espíritu con un amor aún mayor por el extraordinario don de Jesús que se entrega a nosotros en la Eucaristía.

Que nuestro Redentor les bendiga a ustedes y a todos los miembros de nuestra familia arquidiocesana, mientras procuramos volver a la gracia de la Eucaristía en estos tiempos difíciles.

Sinceramente suyo en Cristo Redentor,



Cardenal Joseph W. Tobin, C.Ss.R.

Arzobispo de Newark

Un Mensaje del Papa Francisco: Palabras de Desafío y Esperanza



Cada vez que participamos en la Santa Misa y nos alimentamos del Cuerpo de Cristo, la presencia de Jesús y del Espíritu Santo obra en nosotros, dando forma a nuestro corazón, comunicándonos una disposición interior que se traduce en una conducta acorde al Evangelio. Sobre todo, docilidad a la Palabra de Dios, luego fraternidad entre nosotros, el valor del testimonio cristiano, caridad creativa, la capacidad de dar esperanza a los desanimados y acoger a los excluidos. De este modo la Eucaristía hace madurar un estilo de vida cristiano. La caridad

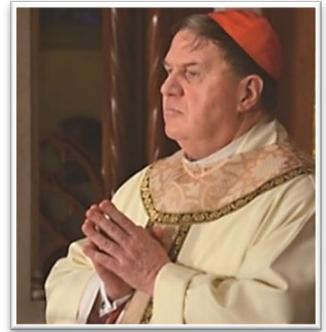
de Cristo, recibida con un corazón abierto, nos cambia, nos transforma, nos hace capaces de amar no según la medida humana, siempre limitada, sino según la medida de Dios.

¿Y cuál es la medida de Dios? ¡Sin medida! La medida de Dios es sin medida. ¡Todo! ¡Todo! ¡Todo! Es imposible medir el amor de Dios: ¡es sin medida! Y así llegamos a ser capaces de amar aun a aquellos que no nos aman: y esto no es fácil. Amar a quien no nos ama... ¡No es fácil! Porque si nosotros sabemos que una persona no nos quiere, también nosotros nos inclinamos por no quererla. ¡Pero, no! ¡Debemos amar también a quien no nos ama! Oponernos al mal con el bien, con perdón, con compartir, con acogida.

Gracias a Jesús y a su Espíritu, también nuestra vida llega a ser “pan partido” para nuestros hermanos. ¡Y viviendo así descubrimos la verdadera alegría! La alegría de convertirnos en un don, para corresponder al gran don que nosotros hemos recibido antes, sin mérito de nuestra parte. Esto es hermoso: ¡nuestra vida se hace don! Esto es imitar a Jesús. Quisiera recordarles estas dos cosas. Primero: la medida del amor de Dios es amor sin medida. ¿Está claro esto? Y nuestra vida, con el amor de Jesús, al recibir la Eucaristía, se hace un don. Como fue la vida de Jesús. No olviden estas dos cosas: la medida del amor de Dios es amor sin medida. Y siguiendo a Jesús, nosotros, con la Eucaristía, hacemos de nuestra vida un don. (*Angelus, Junio 22, 2014, Solemnidad del Corpus Christi*)

Mi Oración para Ustedes

Para concluir, quisiera hacer mía una vez más la oración del Papa Francisco a nuestra Señora, Salud de los Enfermos, que concluye con las palabras de una antigua oración, *Sub tuum praesidium*, en realidad el himno más antiguo a María, la Madre de Dios, para implorar su protección durante la pandemia de coronavirus y ayudarnos a todos a Regresar a la Gracia de nuevas maneras cuando sea el momento adecuado:



Oh María, tú resplandesces siempre en nuestro camino como signo de salvación y de esperanza. Nos encomendamos a ti, Salud de los Enfermos. Que junto a la cruz te asociaste al dolor de Jesús, manteniendo firme tu fe. Tu sabes lo que necesitamos, y estamos seguros de que proveerás para que, como en Caná de Galilea, pueda volver la alegría y la fiesta después de esta prueba. Ayúdanos, Madre del Divino Amor, a conformarnos a la voluntad del Padre y hacer lo que nos diga Jesús, quien ha tomado sobre sí nuestros sufrimientos y ha cargado con nuestras penas para llevarnos, a través de la Cruz, a la alegría de la Resurrección. Amén.

Bajo tu amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios. No deseches las súplicas que te dirigimos – en nuestras necesidades – antes bien, líbranos siempre de todo peligro; ¡Oh Virgen gloriosa y bendita! Amén.

Cardenal Joseph W. Tobin, C.Ss.R.

